



¿QUIÉN TOCA A ESTAS PUERTAS QUE NO EXISTEN?

De Elaine Vilar Madruga

Úrsula:

¿Quién toca? ¿Quién toca a las puertas? La casa es un círculo y aquí la Muerte ha venido a sentarse entre nosotras, es la comensal de la silla vacía, en esta mesa que tiene ya los platos dispuestos para la ofrenda. La Muerte como madre, como hormiga, como hermana, con las vendas negras de hilandera entre los dedos, se envuelve entre las sábanas ya limpias, es una escupida de la casa. Ella, que tiene el rostro de mis hijas, de mis nietas y bisnietas. Ven y siéntate, Muerte. Ven y pasa. Ven y come de mi plato viejo, abre mis ojos de turmalina y dime si adentro de la joya no has visto otra cosa que la ceguera de las mujeres profetas, de las que tuvieron las lenguas bendecidas, de las que maldijeron con su lengua a las estirpes sin una segunda oportunidad sobre la tierra. Aquí, lo sé, nacerán niños con cola de cerdo y niñas con orejas de mono, aquí nacerán los hijos y las hijas de mi miedo, y de nada vale, Muerte, de nada vale que me consueles como una nieta, de nada vale que me digas que todo estaba escrito antes del tiempo, que el viejo Melquíades grabó mi historia en anagramas, la historia de la carne mía hecha hueso, diluvio y viaje, hecha ceguera, turmalina pálida. Ven, siéntate y come, niña Muerte, tú que ves aquello que yo no puedo ver.

Rebeca

El hilo de sangre no era rojo. No era sangre común. No importa lo que digan las historias, no importa lo que mientan los libros, lo que algún escriba llegará a contar cierto día como la única verdad. Yo lo vi, yo lo confirmo, yo recogí la sangre de ese hombre entre mis faldas como si fuera el rastro de un hijo y no la desgracia del amado, y vi que la sangre era blanca, que manaba como leche de chiva, como leche de puerca, como leche de vaca, pueblo abajo manaba la sangre y entonces supe que la Muerte también estaba allí, en ese río de leche derramada, la Muerte anémica que destañía incluso las tragedias de los hombres y las volvía de un blanco pacífico. Pueblo abajo manaba mi soledad convertida en claustro. He aquí que entre cuatro paredes he encontrado la libertad que no me dio el cuerpo, ni la cal arrancada con las uñas en aquel tiempo en que fui niña casi salvaje, ni las mordidas de rabia por el amor que fue y aquel otro que no, ni la tierra que tragué, ni los huesos de mis padres enterrados en la dentadura

de Macondo. A mí no me contarán mentiras. A mí no me engañarán los gritos de aquella que pide que me muera de una vez. La sangre de mi hombre era blanca, del color callado del luto, y me chorreó primero sobre los dedos de los pies antes de manar pueblo abajo. Yo la probé y era dulce.

Remedios la Bella

Para que el mundo no te vea llevarás una cortina sobre el rostro, una venda, una máscara funeraria, un libro abierto sobre el rostro para que nadie te vea, Remedios, ni siquiera en tu ascenso al cielo. Que todos los hombres se cubran los ojos para no contemplarte mientras flotas como la estrella del apocalipsis, para que el olor a ámbar no inunde Macondo como un nuevo diluvio, para que tu olor no inunde la ciudad, no inunde los trenes con los muertos que morirían mil veces más con tal de mirar una sola vez el resplandor en la cavidad de tu pecho, el resplandor en la cavidad de tu mente. Que te cubran la cara con las páginas de un libro. Que las páginas de un libro sean las bridas, la mordaza de tu belleza, que ya hemos visto a los hombres enloquecidos en el cieno, a los machos febriles que se revuelcan en el lodazal de tu cráneo, los hemos visto dejando las ciudades en tu busca, los hemos visto mirando hacia el cielo con la esperanza de verte regresar entre las sábanas de tu levitación, los hemos visto amando a las vírgenes de piedra, amando a las estatuas en intentos de encontrarte allí, los hemos visto deambulando con los pechos abiertos, con los ojos fuera de las órbitas, ciegos de miedo, ciegos de tu ausencia, montados en los trenes de la muerte también los hemos visto, con tu nombre en la boca, Remedios, con tu nombre en la boca, masticándolo.

Amaranta

Cabeza de yegua, cabeza de vaca, cabeza de lechona, no vivirás si yo no vivo. No vivirás porque no puedes vivir si yo no paso bajo los muros de tu claustro todos los días para recordarte que estoy aquí, que aún respiro, que no se te puede olvidar mi mano quemada, mi mano enlutada como un pescadito de oro entre vendas. Cabeza de yegua, cabeza de vaca, cabeza de lechona, sé que detrás de estas paredes aún me ves, puedo escuchar cada soplo de tu aire y lo siento en la nuca mientras

bordo tu sudario, el más hermoso para ti, y luego haré el mío, el más hermoso para mí, y entre belleza y belleza competirá tu muerte con la mía, a ver cuál de las dos la más hermosa, a ver cuál de las dos la más perdurable. Hasta en la muerte apostaré en tu contra, hermana que no fuiste hermana, y será mi triunfo abrirte la boca para que la tierra te bese primero, te haga primero su mujer y luego me tome a mí, virgen me tome, santa me tome, pura como vine al mundo. Cabeza de yegua, cabeza de vaca, cabeza de lechona, cabeza de mi cabeza. Ahora preparo la ternura de tu muerte con un dolor que se parece demasiado a la música. Lo dejo entrar. Dejo que cosa a mi lado, que se siente a los niños en las piernas y les entregue el amor de una vieja, el amor más puro de todos, el amor dulce de las mortajas que pronto conoceremos las dos.

Fernanda del Carpio

Tocan a las puertas. ¿Quién vive? ¿Quién rompe el capullo del silencio en esta casa decente? Aquí nadie abre. Aquí todos estamos muertos desde hace mucho, enterrados en vida desde hace páginas, comidos por los insectos y las flores, hechos raíces en las raíces, sentados a la mesa de la resurrección. En esta casa no hay puertas, ¿quién toca entonces a una puerta que no existe? ¿Quién toca entonces a una puerta que no existe? ¿Quién toca entonces a las puertas de este libro llamado casa? ¿Quién llama a la reina? Aquí no vive nadie. Solo la Muerte vive, pero ella está sorda, pero ella está ciega, pero ella está inmóvil, pero ella está loca. Mírela vestida con un manto de reina de carnaval, con su corona de papel dorado en la cabeza. Aquí todos estamos muertos menos ella, de donde nace lo que ya no está vivo y que nunca descansa. ¿Quién toca entonces a estas puertas que no existen? ¿Quién toca entonces a estas puertas que no existen? No me hagas abrir, que la dueña está ocupada escribiendo cartas y pensando en su útero cubierto de miomas. No me hagas abrir, que te muerdo. No me hagas vestirme otra vez de reina. Deja las puertas tranquilas. No las tumbes a patadas ni a gritos. Aquí no vive nadie desde el comienzo del tiempo. Cierra la página, te digo. Ciérrala. No insistas. ¿Quién toca a estas puertas que no existen? ¿Quién toca a las puertas? ¿Quién?

Elaine Vilar Madruga (La Habana, 1989). Narradora, poeta y dramaturga. Es considerada una de las voces literarias más importantes de la Cuba y el Caribe actuales. Profesora de música y de escritura creativa, artista multidisciplinaria, editora y coach literario. Los textos de Elaine Vilar Madruga buscan los puntos de unión

entre el terror y la lírica en una reflexión constante sobre los sistemas de poder, los límites del cuerpo y la sexualidad o las nuevas formas de entender y defender el feminismo.